

Hacia un tejido social de filosofía en español.
A propósito de la conmemoración del trigésimo aniversario de la
Sociedad Asturiana de Filosofía
Silverio Sánchez Corredera

La conferencia de **Gustavo Bueno** sobre «**Filosofía mundana, filosofía académica**», a las 19 horas del lunes 10 de diciembre de 2007, en el Salón de Actos del Campus del Milán, supuso un excelente broche a la serie de actividades que la **Sociedad Asturiana de Filosofía** vino celebrando con ocasión de la conmemoración de su trigésimo aniversario (1976-2006). Este evento, pasado ya un año, bajo la perspectiva de esos, ahora, treinta y dos años de andadura filosófica de la «sociedad asturiana», nos da motivo y distancia suficiente para entrar a hacer una valoración general sobre los retos futuros que se nos presentan.

La historia de la SAF está delimitada tanto por el contexto de la Constitución de 1978 como por el desarrollo y construcción del materialismo filosófico. Ésta es, sin duda, la filosofía española más importante de la actualidad y una de las más potentes del panorama internacional (algunos creemos que la más potente, pero en las valoraciones sobre el presente parece que hay que dejar transcurrir alguna década prudencial para los juicios rotundos y las pruebas duraderas).

La SAF no se confunde, obviamente, con el materialismo filosófico creado por Gustavo Bueno; aunque sean conjuntos en intersección no son idénticos; sin embargo, la historia de la SAF ha quedado marcada evidentemente por la historia del materialismo filosófico. Esta circunstancia esencial es una ventaja histórica que podemos disfrutar en primera fila los asturianos, y ahora por Internet los españoles y el mundo hispanoamericano, al poder seguir de cerca la trabazón de este sistema, ya por disponer del magisterio presencial ya por tener un lugar privilegiado donde afilar las armas de la reflexión crítica.

Hoy tenemos que decir que, pese a que no se trata de literatura fácil sino de un sistema arduo no apto para las «mayorías», el materialismo filosófico ha trascendido las

fronteras asturianas donde nació, que se extiende por la geografía entera española con pujanza y que ha comenzado a implantarse en Iberoamérica. Algunas obras han sido traducidas al alemán. En la Red existen diversas referencias o páginas en inglés que dan a conocer a la comunidad internacional la existencia de esta corriente. La revista digital *El Catoblepas* atestigua una caterva de colaboradores en crecimiento constante, donde, también, apuntan ya distintas formaciones o tendencias que son expresión de su frondosidad y madurez, además de responder a la «natural maraña humana». Esta misma revista donde ahora leemos, *Eikasía*, tiene varios estrechos seguidores y otros con fuertes afinidades. Y, en general, se constata una caterva de publicaciones filosóficas en español de variado signo a través de Internet, con capacidad de generar una red de ideas intercomunicada, estable y fértil.

Es deseable que el crecimiento demográfico de la que es hoy la principal corriente filosófica en español, el materialismo filosófico, guarde la debida imbricación con la potencia de sus ideas fundamentales, y que no abandone su criticismo constitutivo, porque existen indicios de un repliegue en una escolástica de «adpedemliteres» más prestos a la repetición y a la sacralización que a la aplicación, inseminación y discusión de las ideas. Indicios que pasados treinta años habrán de quedar olvidados y en ridículo, ojalá, ante el empuje de ideas que cabe aventurar a un sistema de un potencial tan tremendo. No es baladí preguntarse hacia dónde pueda ir a parar un movimiento filosófico realmente existente hoy en el mundo de habla española: si hacia estrategias de poder y control, y hacia personalismos, o hacia la aplicación y el despliegue plural de su consistencia. Se trata, también, de saber si el materialismo filosófico es algo más allá de Bueno o si se acaba en su obra. Si el materialismo filosófico llegara a identificarse con Bueno podemos asegurar que se tratará de una filosofía que durará siglos, y será utilizada de mil maneras, al modo como lo son Spinoza o Guillermo de Ockham, por ejemplo. Pero si, además, el materialismo filosófico llega a constituirse en escuela filosófica, más allá de la vida y obra del maestro, podrá decirse que habrá fertilizado el «tejido conjuntivo» de los que hablan y filosofan en español. Para que esto se haga realidad tendrá que prevalecer la tendencia expansiva sobre la «adpedemliteral». Porque: ¿cómo «pensaremos» al lado del maestro

y sin el maestro?, o, si se quiere, más radical: ¿podrá pensarse frente al maestro y a favor del materialismo filosófico: es esto posible y tiene sentido?

No es baladí preguntarse por las posibles derivas, porque quizá tenga aquí la filosofía en español la conformación de una plataforma desde la cual «empezar a existir» otra vez en el panorama de la filosofía internacional.

Desde nuestro siglo de oro la filosofía española, y también la hispanohablante, no ha tenido una presencia notable en el panorama mundial, no tanto por la falta de individualidades o de aportaciones que precedieron o siguieron a la magnífica neoescolástica española, cuanto porque nos sobrevino una ruptura en el intercambio filosófico, paralela al declive del imperio español, que aún no hemos podido superar. Hace falta, claro, no creerse la leyenda negra y reinterpretarla con profundidad, hasta la inversión de sus términos. Hace falta también no caer en una apuesta por el aislamiento y empezar a horadar túneles hacia Hispanoamérica y hacia las lenguas próximas, como el italiano y el portugués. Hace falta seguir pegados a lo que sucede en Francia, Alemania, Reino Unido, Italia, EEUU y en otros múltiples países. Las filosofías son, frente a las ciencias, muy nacionales, pero no alcanzan cierto estatus y alguna seriedad hasta que no se internacionalizan.

En este momento, tras siglos de ostracismo internacional, empiezan a darse las condiciones para que la filosofía que habla en español sea oída con el eco adecuado más allá de sus fronteras lingüísticas. En el panorama estético, y hasta científico, la voz en lengua española viene teniendo ya un cierto lugar de resonancia, (Cajal, Severo Ochoa... al lado de Buñuel o Borges, que no son hoy puras individualidades aisladas), pero es preciso que haya también filosofía de resonancia y calado histórico. Pero para ello se vuelve necesaria una masa crítica filosófica y social que vaya más allá de la polvareda pasajera o del éxito de un autor aislado. Hace falta que crezcan raíces. Hace falta que haya un «pueblo filósofo».

Para quien crea que en filosofía nada tiene que ver el territorio y la lengua que se pregunte por qué se habla de «filosofía francesa», «alemana», etcétera. ¿Acaso hay

claramente una «filosofía española»? y no lo digo según nuestro propio criterio sino según el dictamen del «comercio exterior».

La filosofía como la literatura y el arte pasa por las naciones; la ciencia también, pero se neutralizan sus particularismos al confluír sus hallazgos en el «Olimpo» de las identidades sintéticas (llamadas por otros «verdades científicas»). Acaba resultando ridículo hablar de la «ciencia inglesa», aunque no, claro está, hablar de las inversiones del presupuesto de un país determinado en la investigación científica. Así que si la ciencia siempre se cuida de sí misma a escala internacional, además de a escala nacional en algunos casos, no así sucede con la filosofía.

Mientras que tenemos una larga tradición e importancia literaria y artística en el mundo (Cervantes, Velázquez, Quevedo, Gracián, Goya, Picasso, Diego Rivera, Borges o García Márquez), no acontece igual con la filosofía: quizá, porque en el origen de la oclusión al universo hispano lo que había en cuestión eran dos modelos distintos de mundo, dos universos de ideas en liza. Es preciso desbloquear este nudo.

En este sentido, la estrategia a adoptar en relación a las materias filosóficas de la educación secundaria es fundamental. Y me refiero sobre todo a una estrategia eficaz más que partidista, que antes de insistir en la confrontación asegure el territorio donde va a desplegar su actividad –no se insta, por supuesto, al abandono de la crítica y de la polémica, sino a tener muy claro los momentos, el ritmo, las prioridades y los tempos que convienen a los procesos–.

Es necesaria una estrategia que favorezca la proliferación de la reflexión de la filosofía, a todos los niveles, también en su escala más profunda, innovadora e investigadora. La fuerza la desplegará, en su momento, quien la posea; y antes de cualquier otra prioridad hay que habilitar un espacio donde desarrollar esta función social, que es la educación filosófica. Las asignaturas de filosofía han ido perdiendo horas y estatus académico y, por ejemplo, en el caso de «Educación para la ciudadanía», de lo que más se ha hablado no es de cómo convertirla en filosofía sino que hemos entrado en el enredo –y se ha primado– de si era filolaicista o anticatólica, de si era

filosófica o no (como si lo importante pudiera ser la intencionalidad ideológica de gobernantes empalagosos y no la creación de unas condiciones materiales desde donde ampliar un plan de formación filosófica), de si PSOE o PP... Ninguno de estos partidos tiene profundidad de miras, por lo que se observa, ni contextura ideológica para valorar la trascendencia de lo que contribuye a que un pueblo eche sanas raíces filosóficas, porque fundamentalmente andan atareados en la gestión de los votos y en guardar el equilibrio entre los intereses de la Iglesia y el de las asociaciones laicas, como es natural. Los que puedan o podamos ver estos procesos, sin estar involucrados en intereses inmediatos partidistas, hemos de reunir de algún modo nuestras voces para señalar el camino por el que cabe apostar: hay que recuperar horas perdidas en los horarios de filosofía, y que éstas sean homologadas en todo el Estado, y que sea una materia tan relevante en la PAU como las Matemáticas o la Lengua, porque sin un mínimo horario y sin trascendencia académica no hay suficiente consistencia, continuidad y estabilidad para que llegue su aportación al alumnado, y sin esto mengua aún más la seriedad y la importancia curricular, y al devaluarse en este sentido pierde credibilidad social (profundizando la sensación de enseñanza inútil o, al menos, poco funcional en tiempos de especialistas) y, con ello, se ahonda la sensación de falta de función formativa y de pertinencia en la misma autopercepción profesional del profesor de filosofía. Con lo que el profesor o profesora se enfrenta a su programación desde este anclaje devaluado y contribuye a dar la razón a todo el circuito que está puesto en marcha en contra de la filosofía. Porque de lo que se trata no es de salvar horas o intereses profesionales, menos si son corporativistas, sino de responder a esta cuestión con una salida bien fundada: ¿el adolescente o el joven necesita en su formación, además de una capacitación académica que le promueva hacia una actividad profesional, de un andamiaje de ideas que le permita moverse con cierta soltura en el «mapamundi» de los problemas con los que hoy se debate el mundo y la humanidad? Aunque otras materias también contribuyen a construir este «mapamundi», quien se esfuerza por reunir todas las piezas, por situarse tanto en una dimensión diacrónica como contemporánea, quien une el resto de saberes positivos y trata de ponderarlos, y quien tiene capacidad histórica para replantear críticamente las cuestiones sin concesiones a los tópicos, a los prejuicios o a las inercias, de las que siempre hay que estar renaciendo, quien reúne todas estas condiciones es el saber filosófico: el saber de

la ontología, de la lógica, de la teoría de la ciencia, de la estética, de la moral, la política, la ética y la filosofía de la historia...

Ésta es la encrucijada en la que, según mi parecer, nos encontramos ahora, encrucijada que tiene que ver directamente con el devenir de la capacidad productiva filosófica de un país y de un complejo cultural internacional unido por la lengua. Tiene que ver, por tanto, con el futuro que le cabe al materialismo filosófico y a otras escuelas, porque no basta con saber que Gustavo Bueno pasará a ser un clásico, porque anuncie con claridad meridiana la enorme contribución crítico-racional que hace, indiscutiblemente, a escala de nuevos conceptos y de sistematización de ideas. No basta con que el valor filosófico esté ya dado, hay que desarrollarlo, hay que someterlo a contraste y hay que hacerlo valer en el «sistema monetario internacional». Y para ello es preciso que en ese país –o países hispanohablantes– haya un «pueblo», una masa crítica indispensable, que dé perspectiva filosófica a los asuntos, más allá de lo meramente técnico o perentorio o funcional, y para que haya un «pueblo» ha de haber una formación reglada y un estatus académico que vaya más allá del reconocimiento de un saber decorativo o meramente complementario. La filosofía debería constituirse en una necesidad académica de cierto rango, después de las primeras habilidades lingüísticas y matemáticas en primaria, después de los conocimientos científicos positivos de secundaria, después de esto, digo, y en el transcurso de la ESO y en el bachillerato, debería aspirarse a que el estudiante adquiriera una mínima perspectiva de pensamiento «autónomo», que puede ser favorecida (como lo haría una medicina idónea) con el instrumental, el bagaje y la experiencia filosófica, para abrir la mente del joven y despegarla en lo posible del moldeamiento en el que ha crecido en medio de cuentos, inercias, mitos, creencias contagiadas y visiones parciales, además de la propia tendencia humana juvenil a simplificar o a psicologizar. Esta puede ser una forma de resumir la tarea educativa, una de sus importantes vertientes, con la que podría identificarse la enseñanza de la filosofía entre los trece y los dieciocho años. Y esta función vendría a corresponderse con lo que sería la «matemática y la lengua crítico-racional» de la etapa superior de la educación reglada universal. No bastan unas horas académicas a la baja –horas comodín y relativizadas aún más en el contexto de las autonomías taifales– y no es suficiente con un modelo basado en alcanzar un barniz

ideológico-filosófico, porque hay que apostar por ocupar un lugar estructural y estable en las enseñanzas medias. Y para eso tenemos que empezar por crearlo los propios profesionales y quienes piensan que la filosofía ejerce una función social irremplazable. Y para eso, precisamente, la propia construcción académica de la filosofía tiene que dar ejemplo de amplitud de miras, de ambición histórica y ser capaz de apostar por un proyecto unitario, con un mínimo común denominador indispensable.

Toda esta problemática sobre lo que pueda considerarse esencial en la formación de una juventud, tiene que ver con el tejido social filosófico que una sociedad pueda estar desarrollando. Tarea que está relacionada con lo que se publique, se traduzca, se comente, se divulgue, y, en definitiva, con la labor de la formación de un nivel de opinión pública con ciertos resortes críticos bien engranados. Pero si, además, ese país tiene la suerte de contar con un filósofo importante o con una escuela o corriente, entonces podrá aumentar la imbricación de la filosofía mundana en la académica por el solo hecho de su inmediatez y de su impronta directa.

Y ésta es tarea de una escuela, desde luego, si es que esta escuela llega a cuajar más allá de Bueno, con un proyecto de investigación verdaderamente filosófico, es decir, con una dialéctica en la que los enfrentamientos sean entre las ideas y no entre miserias personalistas, porque esto será indicio de esclerosis y de inconsistencia filosófica, que afecta en principio a quien promueve las motivaciones psicológicas y personales al primer plano, en lugar de las ideas, pero que puede contagiarse fácilmente. Sujetos que pueden acabar siendo dañinos en las dinámicas sociales, no tanto por su potencia propia cuanto por la función social que coyunturalmente puedan tener.

Pero será también tarea del resto de escuelas, tendencias o actividades que están configuradas o que pudieran surgir en España y en el mundo hispano y latinoamericano. Tejido social filosófico, entre lo académico y lo mundano, enfrentado en las ideas pero, a la vez, dispuesto a reconocer que la labor de hacer cuajar una filosofía en español es tarea de todos. Es muy importante un motor multiplicador de la actividad, y, de ahí, con capacidad nucleadora, que pudiera encontrarse en el materialismo filosófico –así lo creo–, pero es igualmente importante para que haya «célula filosófica» todo un cúmulo

de necesarios orgánulos distribuidos por el citoplasma, que necesariamente habrán de darse en esa realidad viva.

Nadie va a pedirnos que llenemos un hueco histórico, porque podemos subsistir así varios siglos y eternamente, basta con que «piensen otros», que siempre se puede ejercer de satélites. O, tal vez, basta con establecer nuestra tribu interior. Nadie va a prepararnos el teatro para que actuemos. Somos los que estamos comprometidos en el asunto filosófico profesional y apasionadamente los que hemos de ver claro en qué sentido hay que alentar aquellos nódulos capaces de hacer prosperar el tejido conjuntivo de la filosofía en español.

Nadie, aislado, tiene la fuerza para marcar una línea fértil y de futuro, pero, partiendo del hecho de que en este momento se está haciendo filosofía en español con un volumen de producción y con una irradiación como quizá nunca antes se vio, cualquiera puede atreverse a imaginar cuáles pueden ser las condiciones idóneas «objetivas» en el desarrollo de una filosofía en español: educación reglada, potencia filosófica propia, multiplicación y proliferación de planteamientos y análisis (tener una escuela propia sería un triunfo, con la posibilidad de que nazcan más), y no dilapidar o arrumbar como mera obra personal –como si no tuviera interés colectivo– cualquier sistema potente que pudiéramos tener entre nosotros. La filosofía también es una cuestión de lengua y de conformación de ciudadanías maduras, es decir, de una masa de opinión dentro de una nación con capacidad de incidir en los procesos históricos, desde una perspectiva civilizatoria que tiene veintiséis siglos de buen funcionamiento.